



## CAPÍTULO IX

Situación de España desde la expulsión de los cartagineses hasta su completa sumisión al imperio romano.—Examinanse las causas de la guerra.—De su duración.—De su resultado.—Por parte de los romanos.—Por parte de los españoles.—Gobierno de España durante las guerras de la república.—Pretores.—Cuestores.—Lo que excitaba su avaricia.—Influencia de las riquezas en Roma.—Venalidad.—Desmoralización.—Escandaloso lujo de los patricios.—Miseria de la plebe.—Causas que prepararon el gobierno imperial.—Estado intelectual de España en este tiempo.—Respectiva civilización de los habitantes de las diferentes comarcas españolas.—Poetas cordobeses.—Influjo de Sertorio en la civilización de España.—Idem de Augusto.—Reflexiones.

La paz que después de tan largos siglos de luchas alcanzamos; la sumisión total de España á Roma, y el tránsito del gobierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador ocasión oportuna para dar á sus lectores y darse á sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolación y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ellas á nuestros lectores, por más que hayamos procurado aligerarlas; que tal es la naturaleza de estos períodos históricos en que la suerte de los pueblos depende sólo de la suerte de las armas. Parece haber llegado á la cumbre de una altura, desde donde más tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condición física y moral del país.

¿Quién provocó esta lucha? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heroicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fué tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpétuo de Roma era con-

quistar. Lo disimuló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convino entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo punto la política de Roma. Á la conducta, en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazón, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y alevos muchos, tiránicos y opresores los más. Si alguno se mostraba desinteresado como Catón, ó humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lúculos, de los Didios y los Crasos, que unían á la rapacidad el desenfreno, y á la crueldad la alevosía. Roma, que desde la expulsión de los cartagineses había arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apoderadas de una gran parte de España, la arrojó también como explotadora, permitiendo y tolerando, ya que mandando no, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos

y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules, si no aplaudían abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábalos por lo ménos ver cómo refluía en la ciudad el oro y la sustancia de este rico país, á cuya participación acaso no eran ajenos ellos mismos. La breve duración de aquellos cargos producía dos efectos, ambos fatales para España; la rapidez con que los pretores procuraban enriquecerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenían de que les tocara el turno para desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los más elevados cargos del ejército y de la administración, se obtenían y ganaban á precio de oro. De poco servía que algunos senadores preservados de la general desmoralización levantara una voz amiga en favor de la desventurada España; que se formara en el senado un partido que se denominó español; que los Escipiones y los Catones pronunciáran enérgicos discursos pidiendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida ó ganada con el mismo oro que constituía el motivo de la acusación, y los procesados pretores salían absueltos. ¿Qué valía que á costa de esfuerzos arrancara Pison una ley autorizando á los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los jefes militares, y pedir la debida responsabilidad é indemnización? ¿A qué, si este derecho había de ser ilusorio? Más de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, expresados por embajadores enviados al efecto; pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacía que los españoles contempláran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Cicerón, que presenciaba ya la caída de la república, Cicerón, que pasaba por más circunspecto y más tímido que Catón, se atrevía á decir: «Difícil

es expresar lo odiosos que nos hemos hecho y las naciones extranjeras por las arbitrariedades de los gobernadores que les hemos enviado (1).» Lo que prueba cuán lejos estaba de haberse curado en tiempo del célebre orador tan mortífera llaga.

Á cualquiera habría irritado proceder tan desconsiderado y abominable, cuanto más á los altivos españoles, cuyos ánimos se hallaban hartos concitados ya con ver á los que ántes se habían llamado sus auxiliares y amigos trocarse en dominadores y señores. De aquí la resistencia, de aquí aquellas insurrecciones tantas veces sofocadas y siempre renacientes, á la manera de aquellas plantas que tanto más se reproducen y multiplican cuanto más la cuchilla del podador corta su tallo. No sabemos que pueda haber guerra más justa que la de un pueblo que se arma para defender su suelo, sus hogares, sus haciendas, sus vidas y su libertad contra otro pueblo que intenta arrebatarse estos bienes, sin más derecho que el de ser más fuerte y más poderoso.

Compréndese, á poco que á la luz de la reflexión se examinen, las causas de la prolongación de una lucha al parecer tan desigual, sostenida por dos pueblos, el uno afanoso de conquistar, el otro tenaz en resistir; entre una república poderosa, vasta, de muchos siglos, ilustrada y sábiamente regida, y poblaciones rústicas y aisladas que aún no constituían nación; entre legiones disciplinadas y aguerridas, y soldados sin organización y sin táctica; entre capitanes ceñidos de laureles recogidos en otras guerras, y caudillos improvisados que dejaban sus grutas y sus riscos para salir á los campos de batalla.

Cegaban á Roma dos pasiones: el afán de la conquista y la sed de dinero. Lo primero la hacía cruel, destructora, asoladora; era su bárbara máxima reducir un país conquistado á situación en que no pudiera rebelarse: «Roma no trata con sus enemigos hasta después que deponen las armas.» Por lo mismo no escrupulizaba en exterminar, cuando lo creía neces-

(1) *Dificile est dictu quantum in odio simus apud exterarum nationes propter eorum, quos cum imperio misimus, injurias et libidines.* Cic. pro Leg. Manil.



rio, los moradores todos de una población ó comarca, desde el decrepito anciano hasta el niño de pecho, y en yermarla de habitantes: *pacem appellani ubi solitudinem faciunt*. Y ellos, los que se jactaban de haber nacido para dar la libertad á las naciones de la tierra, la asolaban para esclavizarla. Caton, el austero, el probo Caton, hacia ostentacion de haber derruido cuatrocientos pueblos en tres meses, y los sobrenombres de Africano, de Numantino y de Macedónico significaban la ruina de otras tantas ciudades ó naciones. Lo segundo hacia á Roma desapiadada consigo mismo. «Vengan arroyos de oro, y más que se viertan raudales de sangre.» Así sacrificaba sus hombres, y los hombres de todo el mundo. César, á quien pintan como el más humano de los guerreros de aquel tiempo, hacia murallas de los cadáveres, y calculan que habia muerto en batalla ordenada un millon de hombres y hecho un millon de esclavos. Pero conquistaba pueblos para Roma, y á su vuelta de España ostentaba entre sus trofeos un carro de plata fabricado de la recogida en este país. César era divinizado, y la sangre que aquel carro hubiera costado á Roma no se tomaba en cuenta. Galba asesinaba inocua y traicionablemente á los lusitanos, y Roma lo disimulaba, sin advertir, ó por lo ménos sin escarmentar, si lo advertía, que aquella mantanza producía la guerra de Viriato, que le costó tan cara. Así se prolongaba la conquista, porque se producian con la exasperacion las causas de la resistencia.

Ya hemos indicado como otra de las causas de la lentitud en los progresos de las armas romanas la breve duracion de las magistraturas militares; y por lo mismo que procuraban los pretores aprovecharla para acumular riquezas, solian emplear en esto tiempo y cálculos que hubieran necesitado para combinar y activar las operaciones de campaña. Acaecia muchas veces que cuando un general empezaba á conocer el terreno era reemplazado por otro desconocedor del país, el cual á su vez tenia que ceder el puesto al que venia á sustituirle en ocasion que acababa de concebir un plan de ataque ó que comenzaba á asediar una plaza. El pesado armamento de los soldados romanos,

de aquellos guerreros, almacenes vivientes cargados de armas ofensivas y defensivas, de víveres y provisiones para dos ó tres semanas, de estacas para formar trincheras, de instrumentos y útiles para abrir fosos y construir terraplenes, era un obstáculo para guerrear con gente tan ágil, tan desembarazada y frugal como era la española para el sistema de asaltos, de correrías y de sorpresas que usaban, y en que eran tan diestros y mañosos, compitiendo caballos y jinetes en agilidad y soltura, y para aquella guerra de emboscadas que era la desesperacion de las tropas regulares. Agréguese á esto el temor de los romanos á los inviernos de España, durante los cuales suspendian frecuentemente las operaciones, en especial en los países próximos á las montañas, donde no podian sufrir el frio y rigidez de la estacion.

Pero hubo otra causa que, más poderosamente que todas las que hemos enunciado, aumentaba las dificultades de la conquista provocando la resistencia. Empeñáronse los romanos en fiarlo todo á la ley de la fuerza, nada al atractivo de la dulzura; en ser siempre conquistadores, nunca civilizadores; en hacer esclavos, no súbditos, mucho ménos amigos; no en hacer á España una provincia tributaria de Roma, sino en explotarla como una mina siempre abierta á su voracidad. Desconocieron la índole y carácter de los indígenas: toscos, pero altivos; rústicos, pero nobles; sencillos, pero pundonorosos y leales, fáciles en apasionarse de los grandes genios, en adherirse á los que los trataban con dulzura ó con generosidad, prontos á sacrificarse por ellos, á morir por ellos, á no sobrevivir á los que una vez habian jurado devocion; pero indóciles, tenaces, indomables, tratándose de tiranizarlos y oprimirlos. No enseñaban nada los ejemplos á los romanos. Olvidaron lo que habia sucedido con los Escipiones; no atendia Roma á lo que ganaba en España con el proceder desinteresado y noble de Sempronio Graco, y á lo que perdía con las vejaciones y latrocinios de Furio Philon; no veia que las monstruosidades y perfidias de Lúculo y Galba provocaban una guerra en la Lusitania, y que un rasgo de generosidad de Me-



telo en Nertóbriga le captaba la amistad de las ciudades celtiberas; menester era que estuviese muy obcecada para no ver á los españoles seguir á porfia las banderas de Sertorio, siendo romano, porque les dispensaba beneficios, al propio tiempo que preferian entregarse á las llamas hombres y pueblos ántes que sucumbir á otros romanos de quienes sólo servidumbre aguardaban. Si Roma hubiera respetado los tratados, hubiera hecho muchos súbditos, y se hubiera ahorrado más de la mitad de su sangre, y muchas ignominias; los rompía con escándalo del honor y de las leyes, y con oprobio y baldon de la *fe romana*, y costábale ejércitos enteros para dominar sobre cadáveres, sobre yermos y sobre ruinas. Así duró la lucha dos siglos. No pretendemos hacer la apología de nuestros antepasados, ni inventamos cargos que hacer á nuestros dominadores. Reflexionamos sobre los hechos tomados de las historias romanas. Perdió por su parte á los españoles, y fué causa de que se malograran tan heroicos esfuerzos y tan maravillosa constancia, la falta de concierto y de unidad. Tribus independientes y aisladas, jamas formaron un cuerpo compacto para resistir al enemigo comun. Sobráballes de valor individual lo que les faltaba de acuerdo. Ni sabian apreciar las ventajas de las combinaciones ni eran propensos á ellas. Á veces repósaban los celtiberos mientras guerrearaban los lusitanos; ó se levantaban los vacceos cuando los bastetanos acababan de ser acometidos, ó estallaba la insurreccion en la Lacedonia cuando la Bética tributaba honores semidivinos á un general romano; y cuando los cántabros y astúres se alzaron en defensa de su libertad, ya estaba subyugada toda España ménos ellos. Hubo un español que concibió el pensamiento de proclamar una patria comun, y dirigió su voz y envió emisarios para ello á cuantos pueblos él conocia; tuvo al pronto algun resultado el llamamiento entre las tribus más vecinas, pero Viriato se vió reducido á pelear con solas sus bandas lusitanas, y Numancia á defenderse sola. Cuando Viriato llevó la guerra cerca de Cádiz olvidóse sin duda de que habia ya cincuenta años que Cádiz habia solici-

tado ser ciudad romana. Así divididos los españoles, no podian dejar de sucumbir más ó ménos tarde ante las inagotables legiones de la perseverante y poderosa Roma. Á pesar de todo, muchas veces hicieron vacilar el poder de la ciudad reina, que hubo de humillarse á recibir condiciones de paz de una ciudad pobre, ó de un hombre á quien habia llamado bandido, y César no fué señor del *Mundo* hasta que ciñó el ensangrentado laurel de *Munda*.

No sabemos que la república estableciera en las comarcas españolas que iba conquistando otro gobierno que el de aquellos magistrados militares llamados pretores, que solian ser cónsules que habian cumplido el tiempo de su encargo. Á éstos acompañaba comunmente un cuestor para la recaudacion de impuestos, y era como una especie de intendente militar. La cuestura, segun Ciceron, era el primer paso para la carrera de los honores, lo que, como veremos luégo, equivalia á la carrera de las riquezas; por eso muchos antiguos cónsules no se desdenaron de ejercer la cuestura. Siendo sus funciones recaudar los tributos, proveer de víveres y de dinero á la tropa, distribuir el botin y dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma, era un empleo de los más apetecidos, y entre el cuestor y el pretor solia haber muy estrecha amistad. Cuando el pretor ó procónsul dejaba la provincia, le reemplazaba el cuestor interinamente en sus funciones. Era, pues, un gobierno militar, en que las leyes de la metrópoli y los decretos del senado influian poco; pendia casi todo de la voluntad ó del capricho y de las cualidades personales de cada pretor. No obstante, alguna representacion debieron alcanzar las autoridades indígenas, desde que á fuerza de reclamaciones obtuvieron las ciudades el derecho, bien que casi nulo en la práctica, de acusar á sus depredadores, y más adelante el de fijar ellas mismas la cuota y calidad de los impuestos. Remedio este último que vino á hacerse tan ineficaz como el primero, porque lo que no podian sacar los pretores por medio de contribuciones, sacábanlo á título de empréstitos y donativos, como lo hicieron Lúculo y César.